

# JACQUES MARITAIN Y EL CASO GALILEO

## Colaboración para la revista electrónica *Esperanza en contexto*

“La paciencia de Dios es mucho más larga de lo que pensamos, sin embargo tiene límites. El error en el que cayó el Santo Oficio al condenar a Galileo marcó el límite de una paciencia de siglos.”<sup>1</sup>

Jacques Maritain fue para muchos una figura intelectualmente antipática. Los mayores enconos los recogió en el ámbito de la filosofía política, donde se lo acusó de ser demasiado liberal. Pero en sus últimos años el rechazo provino justamente de los sectores más reformistas de la teología, a quienes no les cayó nada bien su enfoque conservador frente a los nuevos aires del Concilio Vaticano II, tal como lo expresó en *El campesino del Garona*.

Paradójicamente, su último libro, *La Iglesia de Cristo*,<sup>2</sup> aborda un tema ya sugerido por el Concilio y que a partir de allí tomó un volumen importante en las nuevas corrientes teológicas: los pecados de la Iglesia a lo largo de la historia y la necesidad de una autocrítica. El subtítulo de este extenso ensayo, *La persona de la Iglesia y su personal*, anticipa el tono severo con el que Maritain propone, con una anticipación profética, el examen y reconocimiento de las culpas que le caben a los hombres responsables de la conducción de la Iglesia.

A lo largo de los capítulos XII y XIII el autor trata acerca de los casos históricos más delicados: las Cruzadas, el antisemitismo, la Inquisición. Y en el capítulo XIV se detiene en dos personajes fuertemente controversiales: Galileo Galilei y Juana de Arco.

El caso Galileo siempre fue considerado una mácula en la historia de la Iglesia, y un precedente muy desfavorable para llevar a cabo la evangelización de la cultura como consigna fundamental, al menos desde Juan XXIII en adelante. Lo que exacerbó las críticas, como el propio Maritain lo hace notar, fue la pertinacia en el error y la tibieza de los gestos con los cuales se quiso repararlo.<sup>3</sup> Por eso no sorprende la inequívoca referencia al tema en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, documento por demás ardorosamente debatido en las sesiones del Concilio, y en el que finalmente se optó por no nombrar a Galileo.<sup>4</sup>

---

<sup>1</sup> *De l'Église du Christ* en *Œuvres Complètes* Paris-Fribourg, Saint Paul-Ed.Universitaires, 1982-2000, vol. XIII p. 359.

<sup>2</sup> Se trata de la última obra compuesta como un todo, que viera la luz en su primera edición en 1970. Posteriormente, en 1973, apareció *Approches sans entraves*, que en realidad compagina varios escritos anteriores con otros inéditos.

<sup>3</sup> En 1734 se trasladaron las cenizas del Pisano a un mausoleo en la basílica de la Santa Cruz de Florencia. En 1744 Benedicto XIV aprobó la publicación, con algunas censuras, de los *Diálogos* que provocaron el escándalo y la condenación de 1633. Y recién en 1822 el Santo Oficio autorizó la impresión en Roma de las obras que enseñaban la teoría heliocéntrica. *De l'Église du Christ* pp. 356-357.

<sup>4</sup> “... la investigación metódica dentro de cualquier disciplina, si procede de manera realmente científica y conforme a las normas morales, nunca se opondrá de veras a la fe, porque las realidades profanas y las realidades de la fe tienen su origen en el mismo Dios. Más aún, el que con humildad y constancia intenta escrutar los secretos de las cosas, es guiado sin saberlo por la mano de Dios, quien, al conservar todas las cosas, hace que sean lo que son. *A este respecto, cabe deplorar ciertas actitudes que alguna vez, porque no se tenía una percepción clara de la legítima autonomía de la ciencia, existieron también entre los cristianos y que, por las disputas y controversias suscitadas, convencieron a muchos de la oposición entre la fe y la ciencia.*” (el énfasis es mío) n. 36.

Sin duda que el gran avance en esta cuestión se le debe a la iniciativa de S.S. Juan Pablo II, quien desde el comienzo mismo de su pontificado manifestó una viva preocupación por el diálogo entre la Iglesia y la cultura, con especial énfasis en la ciencia. Ya en su primer mensaje a la Academia Pontifica de Ciencias, el 10 de noviembre de 1979, expresaba su deseo de que “teólogos, sabios e historiadores, animados de espíritu de colaboración sincera, examinen a fondo el caso de Galileo y reconociendo lealmente los desaciertos, vengan de la parte que vinieren, hagan desaparecer los recelos que aquel asunto todavía suscita en muchos espíritus contra la concordia provechosa entre ciencia y fe.”<sup>5</sup> El 3 de julio de 1981 se constituyó una comisión de notables para estudiar el caso, y sus conclusiones fueron presentadas ante el Sumo Pontífice el 31 de octubre de 1992. Como era de esperar, el documento provocó reacciones dispares, y aunque destaca en varios lugares el error de “los teólogos” de aquella época, resultó para muchos insuficiente en reconocer la injusticia de la condena, el grave daño que se hizo a la conciencia de muchos científicos y la demora en la admisión de esa falta, todo al amparo de “razones pastorales” que no parecieron muy convincentes. No obstante, la investigación supuso un profundo sondeo de los archivos secretos e inclusive habilitó los pasillos de la Biblioteca Vaticana para el trabajo de muchos investigadores a partir de esa fecha. La literatura sobre el tema se ha renovado y hoy en día contamos con elementos documentales mucho más sólidos para establecer las líneas maestras de un caso que abruma cada vez más por su complejidad.

Pero volvamos a Maritain. Su copiosa obra da espacio tanto a los escritos de nivel especulativo como a aquellos que se involucran con la historia de las ideas. Evidentemente son registros diversos, y cabe esperar que un intelectual se sienta más cómodo en un ámbito que en otro. Y la impresión que me dejan los textos que Maritain dedica al análisis histórico es de cierto esquematismo y precipitación. Sus comentarios sobre autores de la talla de Platón, Descartes, Kant o Heidegger son más bien ligeros e incompletos, con juicios drásticos y sin matices. Por cierto que en ellos también aparecen las cualidades de agudeza y penetración propias del genio, y por eso conservan su valor. Pero las investigaciones históricas demandan un acopio de erudición y una connaturalidad que en el caso de Maritain quedan algo limitadas. Él mismo sostuvo que “la historia [...] es una memoria y una experiencia, que corresponde usar a los Prudentes.”<sup>6</sup> Pero cuando leo las páginas dedicadas al caso Galileo me queda la sensación de que sus conclusiones no son del todo “prudentes”. En un asunto tan enrevesado y, como el propio Maritain lo admite, plagado de “oscuridades”, no hay demasiado lugar para juicios rotundos como los de su estilo.<sup>7</sup> Pero vale la pena examinar de cerca sus apreciaciones.

La primera parte del estudio relata los acontecimientos en forma muy clara y didáctica. Con precisión nota que “la gran cuestión era de creer o no que el heliocentrismo fuese conforme a lo real”<sup>8</sup> y no una mera hipótesis matemática. Por entonces la teoría epistemológica estaba en debate con respecto a dos grandes modelos explicativos: el aristotélico, o ffsico, que buscaba por vía demostrativa las causas

---

<sup>5</sup> *L'Osservatore Romano* ed.española 2/12/1979 p. 9.

<sup>6</sup> *Une philosophie de l'histoire moderne* en OC II p.1159.

<sup>7</sup> Maritain reconoce como fuentes el artículo de Vacandard, un experto historiador de la Iglesia, en el *Dictionnaire de Théologie Catholique*, así como el estudio de Giorgio di Santillana *El crimen de Galileo*. Son recursos incuestionablemente competentes, pero incompletos y, a esta altura, bastante desactualizados. Así, por ejemplo, se alude al supuesto fraude cometido en 1616 con un documento que se redactó sin conocimiento de Galileo, y cuyo incumplimiento le fue reclamado en el proceso de 1633. Pero las investigaciones más recientes lo ponen en duda. Cf. A.BELTRÁN MARÍ *Galileo, ciencia y religión* Barcelona, Paidós, 2001 cap. 4.

<sup>8</sup> *Ibid.* p. 342 n.1.

naturales de los fenómenos con la intención de alcanzar la verdad acerca de las cosas; y el platónico, o matemático, surgido en las escuelas de París y Oxford del siglo XIV como alternativa ante el recelo de la Iglesia hacia los averroístas. Estos *calculatores* continuaban la tradición de las escuelas de astronomía antiguas, como la de Eudoxo, Aristarco y Ptolomeo, ocupadas en construir modelos geométricos capaces de replicar la experiencia del movimiento astral *pero sin la intención de establecer la correspondencia o no de esos modelos con la realidad*. Sólo se trataba de “salvar los fenómenos” a través de una explicación congruente con ellos, de modo que “pasa a lugar secundario la cuestión de saber si un sabio atribuye a una teoría un valor de simple representación matemática o un valor de explicación causal, o los dos a la vez, o si oscila entre una y otra manera de ver.”<sup>9</sup> Si bien hay una evolución en el pensamiento maritainiano acerca de lo que podríamos denominar “realismo científico”, siempre está presente un cierto instrumentalismo que acusa la influencia del notable Pierre Duhem.

Entre los teólogos de aquellos tiempos se tomaba la investigación científica con respecto al firmamento solamente en términos de construcción de hipótesis matemáticas, y fue precisamente por eso que el editor del *De Revolutionibus Orbium Caelestium* de Copérnico, M.Ossiander, introdujo el Prefacio anónimo en el que aclara, casi seguramente contra la voluntad del autor, que el heliocentrismo “no es necesario que se tome por verdadero, ni siquiera verosímil, sino que basta con mostrar un cálculo coincidente con las observaciones”. Hablar más allá de esos límites era una intrepidez inaceptable para la integridad del conocimiento, y por eso, al tomar cartas en el asunto, el Cardenal Bellarmino amonesta a Foscarini para que las pretensiones de Galileo no atravesasen esa frontera. Tal vez en Roma no sabían que Galileo, según lo cita allí Maritain, “repetía siempre que había pasado más años estudiando filosofía que los que dedicó a la matemática”, y que al ser incorporado a la corte de los Medici en Florencia exigió que se lo nombrara como “matemático y filósofo” (o sea, interesado por las causas físicas y reales de las cosas).

De esta manera, continúa Maritain, se entiende el sentido de la condena aplicada a Galileo en 1633, cuando dice que los *Diálogos* desoyen la prohibición de 1616 para defender o enseñar la doctrina heliocéntrica al considerarla “probable” (*probabilis*). El problema no es que esa teoría fuese considerada “más próxima a la verdad”, sino simplemente “susceptible de prueba”, es decir, que podía establecerse una demostración de su verdad. Lo cual era interpretado como una provocación hacia la soberanía del saber teológico, que con el presunto apoyo de la Sagrada Escritura excluía claramente aquella teoría. En tal sentido, la visión de Bellarmino era más equilibrada, pues siguiendo la tradición de San Agustín y Santo Tomás, que el mismo Galileo evoca en su famosa carta a la Duquesa Cristina de Lorena, admite en el mismo texto enviado a Foscarini que “si hubiera una verdadera demostración de que el Sol está ubicado en el centro del mundo y la Tierra en el tercer cielo, y que el Sol no gira en torno a la Tierra, sino que la Tierra gira en torno al Sol, entonces sería necesario ir con mucho cuidado al explicar las Escrituras que parecen contrarias, y decir más bien que no las entendemos, que decir que es falso lo que se demuestra.”

Un detalle no menor es que el título de “filósofo”, aunque en realidad corresponde en ese contexto al de un experto en ciencias naturales, era entendido literalmente. El llamado “error trágico” que plantea Maritain en su obra *Filosofía de la Naturaleza* consistió justamente en tomar el nuevo enfoque empírico-matemático de la

---

<sup>9</sup> *Los grados del saber* p. 111. “... el astrónomo no procura buscar y establecer causas que sean verdaderas y conformes con la naturaleza de las cosas, sino solamente causas de tal índole que el pueda dar una explicación de modo universal, conveniente y constante de todo aquello que se manifiesta en los cielos.” B.PEREIRA *De communibus omnium rerum naturalium principiis et affectionibus* 47D 23-25.

naturaleza como una reforma de la filosofía de la naturaleza clásica, y no como un nuevo tipo de saber formalmente distinto de ella. Este error, cabe aclararlo, involucra a ambas partes: tanto a los escolásticos, que impugnaron el saber físico-matemático como si se tratara de una falsa filosofía, como a los científicos, que pretendían rechazar la filosofía aristotélica exactamente por la misma razón. Galileo, que conocía y admiraba la obra del Estagirita, estaba convencido de que la lectura matemática de la naturaleza “nos descubre lo que la naturaleza es absolutamente hablando, o en su esencia inteligible y su realidad primera”.<sup>10</sup> Por eso no es un detalle menor que “es como filósofo de la naturaleza que fue condenado”.<sup>11</sup> Galileo tenía razón como científico, pero estaba equivocado como filósofo. La teología, sobre todo en aquella época, estaba firmemente arraigada en las bases de la filosofía de la naturaleza de Aristóteles y la metafísica de Santo Tomás, con las cuales pudo hacer frente al embate fideísta de los movimientos reformadores. Cuestionar esos puntos de apoyo resultaba, pues, mucho más oneroso de lo que hoy podría parecer.<sup>12</sup>

Como sabemos, la condena de Galileo tiene el precedente del proceso llevado a cabo en 1616, donde se examinó la doctrina copernicana del movimiento de la Tierra a la luz (supuestamente) de las enseñanzas de la fe custodiadas por el Magisterio y la Tradición. El dictamen resultante estableció que esa doctrina era inadmisibles, tanto por razones filosóficas como teológicas, y aunque Galileo no fue mencionado, se le exigió la promesa de no defender el heliocentrismo bajo apercibimiento de sufrir severas penas canónicas.

Él prometió obedecer, y nada indica que no haya sido sincero. Pero, agrega Maritain, “el demonio de la ciencia estaba en él”.<sup>13</sup> ¿Cómo entender esta frase? ¿Se trata del demonio socrático, un espíritu que representa el amor a la verdad y al bien, que lo impulsó finalmente a sobrepasar las barreras de la autoridad para agujinear como un tábano a los jerarcas de Roma y liberar las puertas para la nueva ciencia? ¿O es el demonio del orgullo, la concupiscencia de los ojos, la tentación de comer del fruto del árbol de la ciencia? Tal vez haya algo de los dos, pero a simple vista creo que prevalece en Maritain una mirada reivindicatoria de la rebeldía, que lo llevó a obedecer a la Verdad antes que a los hombre, aunque fueran los hombres de la Iglesia.

Maritain menciona la delicada cuestión de la “obediencia debida” de Galileo ante la sentencia del Santo Oficio. ¿Es lícito declarar lo falso como verdadero en contra de la propia conciencia? A su parecer, el Pisano aplicó una suerte de restricción mental bajo la sincera convicción de que, aun en un asunto que no comprometía la substancia de la fe ni la infalibilidad del Magisterio, debía ser sumiso al mandato de la Madre Iglesia a la que siempre fue incondicionalmente fiel. Pero lo más seguro es que haya permanecido íntimamente persuadido de la verdad acerca del movimiento de la Tierra.<sup>14</sup>

---

<sup>10</sup> *De l'Église du Christ* p. 342 n.1.

<sup>11</sup> *Ibid.* p. 343 n.1.

<sup>12</sup> Cf. *Filosofía de la Naturaleza* Buenos Aires, Club de Lectores, 1978, pp. 54-57. En su discurso durante la presentación del informe de la comisión del caso Galileo, Juan Pablo II sostuvo que “como la mayor parte de sus adversarios, Galileo no hizo distinción entre el análisis científico de los fenómenos naturales y la reflexión acerca de la naturaleza, de orden filosófico, que ese análisis por lo general suscita.” (*L'Osservatore Romano* ed.española 13/11/1992 p. 6 n.5) Pero no es tan claro que, como afirma a continuación, debía limitarse a una afirmación hipotética del heliocentrismo “como lo exige el método experimental”, ya que en el espíritu de dicha exigencia estaba presente más bien la impronta instrumentalista que recién mencioné.

<sup>13</sup> *De l'Église du Christ* p. 344.

<sup>14</sup> “Su abjuración ha sido una violencia hecha a su conciencia, dividida entre su obediencia religiosa y su convicción científica (“lo que me parece evidente y que creo tocar con la mano”); ya que se lo obligó por la primera a renegar y sacrificar la segunda, la cual permaneció allí de todos modos. Contradicción en acto vivido, que expuso al espíritu mismo a la tortura.” *Ibid.* p. 354.

A lo largo del trabajo que estamos recorriendo Maritain reprocha a los jueces de Galileo el abuso de autoridad. En un extenso pasaje discute, incluso con su amigo el Cardenal Journet, sobre atribuciones y competencias de las Congregaciones romanas, la validez del concepto de fe eclesial, los alcances de la infalibilidad, la diferencia entre lo dogmático y lo disciplinario, etcétera. Su conclusión es que “los jueces del Santo Oficio [...] fallaron no tanto en su cabeza y en los juicios de su intelecto, sino en su psicología profunda y los reflejos de su inconsciente como en su comportamiento práctico; al ilusionarse sobre sí mismos y sobre su posición (justo por debajo del Papa, en la cúspide de la jerarquía), y al tomarse a sí mismos prácticamente por la Iglesia. De ahí la arrogancia y el autoritarismo que hombres cuya humildad personal podía ser muy profunda desplegaron en su función, y los esplendores honoríficos de los que quisieron rodearla. Error onírico, si puedo decir, y tanto más tenaz, y en el que no sólo han caído los jueces de Galileo.”<sup>15</sup>

Con estos adjetivos Maritain parece plegarse decididamente a la versión más estereotipada de esta historia, en su recreación iluminista, y en la que los buenos y los malos aparecen bajo un contraste digno de una película del Far West. Tal vez sea exagerada la recriminación a los funcionarios que aplicaron penas humillantes a un hombre que gozaba de amplísimo reconocimiento académico, que mantuvo indeclinable su voluntad de observar con piedad filial las enseñanzas de la Iglesia y que, a esa altura de su vida, ya estaba quebrantado en su salud. Pero no pueden omitirse las razones circunstanciales que impregnan este caso: el avance amenazador de los movimientos protestantes, la actitud siempre desafiante y altanera de Galileo, que en sus cartas exhibe un autoritarismo científico tan recalcitrante como el de sus inquisidores, el estilo por momentos satírico de los *Diálogos* y la forma cuanto menos descuidada en que se tramitó el *imprimatur* de esa obra. El propio Juan Pablo II hace notar, por su parte, que “el juicio pastoral que requería la teoría copernicana era difícil de emitir, en la medida en que el geocentrismo parecía formar parte de la misma enseñanza de la Escritura. Hubiera sido necesario, al mismo tiempo, vencer la forma común de pensar, inventando una pedagogía capaz de iluminar al pueblo de Dios.” Más aún, “si la cultura contemporánea está marcada por una tendencia al cientificismo, el horizonte cultural de la época de Galileo era unitario y llevaba impresa la huella de una formación filosófica particular. Ese carácter unitario de la cultura, que en sí es positivo y deseable aún hoy, fue una de las causas de la condena de Galileo.”<sup>16</sup>

Estas últimas indicaciones de Su Santidad pueden suscribirse en mayor o menor medida, pero suenan más atemperadas que las que ofrece Maritain en términos epistemológicos. Por una parte, y aquí estoy decididamente con el gran filósofo francés, hace hincapié en el valor de la intuición intelectual, del *intellectus*, y su importancia en el espíritu de los científicos. Esa intuición iluminó a Galileo hasta el punto de provocar en él una convicción que rompía con verdades firmemente establecidas e incluso le

---

<sup>15</sup> *Ibid.* P. 358. Maritain aplica una sospecha similar a los teólogos: “¿Cómo un reflejo de esta sublimidad [de la teología] no correría el riesgo de ocultar un poco, o hacer olvidar un poco, la humana y balbuceante indigencia de los medios por los cuales la ciencia más alta se elabora y toma forma en el sujeto humano, y que exige pobreza de espíritu más que seguridad en sí mismo y autosatisfacción?” Y evocando el ejemplo de Santo Tomás, continúa: “Al juzgarse indigno de esa tarea, estaba considerando todo lo que [la teología] reclama por parte de la debilidad del sujeto pensante. Pero la mayor parte de los doctores que aparecieron después de él no parecen haber conocido tanto estremecimiento.” *Approches sans entraves* p. 294.

<sup>16</sup> *L'Osservatore Romano* ed.española 13/11/1992 p.7 nn. 7 y 9. Maritain reconoce que hubiera sido prudente, pese a todo, ordenar a Galileo que continuara sus investigaciones en silencio para evitar el escándalo, pero “los jueces de Galileo fueron *infinitamente* más lejos” (mi énfasis). Creo modestamente que Maritain también fue, al menos, un poco más lejos de lo que sus discípulos podemos esperar de él.

hacía interpretar de manera equivocada las pruebas que adujo tener a favor del movimiento de la Tierra.<sup>17</sup> Esa misma intuición lo condujo, unos años antes, a postular la uniformidad del coeficiente de aceleración de los cuerpos en caída libre, contrariando a Aristóteles y al sentido común. Y le sirvió también para descartar la objeción de que no se observaba el efecto de paralaje estelar.<sup>18</sup>

Pero, como el propio Maritain lo ha dicho y puesto en práctica ininidad de veces, lo propio de la ciencia es demostrar. Si se sostiene que “el no haber demostrado el movimiento de la Tierra no tiene nada que ver aquí” nos preguntamos: ¿en nombre de qué (ya que no la ciencia) se supone que el Santo Oficio debía aceptar las ideas de Galileo? ¿Puede la intuición genial de un hombre, *de un solo hombre* (no de una comunidad científica respetable), balancear el dictamen contrario del texto sagrado y aquél que revela el libro de la Naturaleza al que el Pisano quería poner de testigo? Porque la sentencia de 1616 habla del heliocentrismo como “insensato y absurdo en filosofía”, y Maritain reconoce que la filosofía que defienden los teólogos de aquella época es la de Aristóteles, para quien el testimonio de los sentidos tiene siempre la última palabra. Sin duda les faltó *esprit de finesse* para sospechar de un dato que no venía de los sensibles propios sino de los comunes, y que por eso es naturalmente más débil. Pero en tales circunstancias se puede ser un poco más indulgente.<sup>19</sup>

Por otra parte, ¿por qué no aplicar la doctrina del *intellectus* a los teólogos de entonces, si al fin y al cabo, como acabo de citar, es irrelevante que esa intuición sea verdadera o falsa? Maritain sostiene que los jueces del Santo Oficio “eran ciertamente los primeros en saber que se podían equivocar”.<sup>20</sup> Me pregunto si es posible estar tan seguro de eso. Más aún, me pregunto si todos los magistrados que emiten condenas graves *pueden* estar seguros de no equivocarse. A decir verdad, en esta historia el único que dio señales de no creer en absoluto en la posibilidad de errar fue el propio Galileo, supuesto estandarte de la lucha contra el dogmatismo.

Pero no hace falta ir más allá del propio Maritain para recobrar la vertical. Él mismo nos ha enseñado que en cada etapa del tiempo puede reconocerse, a la vez, una dimensión *formal*, representada por las ideas que produce la actividad intelectual en su camino hacia la verdad, y otra de orden *material* que indica las condiciones sociales, políticas y culturales que sirven de sustrato y continente de aquellas intuiciones.<sup>21</sup> Por eso es necesario no confundir el núcleo o la inspiración central de una doctrina con los elementos circunstanciales bajo los cuales se reviste, y que deben ser desbrozados para

---

<sup>17</sup> “Antes de demostrar y sin estar todavía en estado de demostrar hay en el espíritu del gran científico una aprehensión intuitiva que basta para darle una convicción de la cual (con razón o sin ella, es otra cuestión que tiene que ver con el progreso de la ciencia) no duda en absoluto.” *Ibid.* p.354 n. 9. Cf. *Approches sans entraves* en OC XIII pp. 935-937.

<sup>18</sup> “*Salviati*: Yo diría que, en caso de que se descubriera tal paralaje, nada quedaría para cuestionar la movilidad de la Tierra. Pero aun si no se la observase, no desaparece su movilidad, ni se prueba su inmovilidad, porque es posible (como afirma Copérnico) que por la inmensa distancia de la esfera estrellada tales fenómenos sean inobservables. [...] Estos fenómenos tal vez no han sido suficientemente explorados, o si lo han sido... no con la exactitud requerida. Y esta exactitud es difícil de obtener tanto por deficiencias obtener, de los instrumentos astronómicos, sujetos a muchas alteraciones como por culpa de quienes los utilizan con diligencia menor a la requerida.”

<sup>19</sup> Con buen humor remata el viejo Jacques: “Una confianza ella misma absurda e insensata en el testimonio de los sentidos vale empero más en filosofía que el idealismo.” *Ibid.* p. 357 n. 12.

<sup>20</sup> *Ibid.* p. 355.

<sup>21</sup> “La realidad de las personas humanas que piensan, que buscan y que pelean, y la realidad de los conflictos concretos en los cuales la cultura de una época se halla involucrada, no pueden ser ignorados.” “Concerning a Critical Review” en OC VII p. 1203. “... ni el filósofo ni el teólogo escapan a la cultura temporal en la cual están insertos; cuanto más grandes son, más la trascienden, y sin embargo permanecen ligados a ella.” “Jean de Saint-Thomas” en OC VII p. 1022.

una adecuada comprensión de ese pensamiento. Qué mejor ejemplo que el drama de Galileo.<sup>22</sup>

El propio Maritain supo descubrir, en un escenario tan favorable a los elogios como la cultura medieval, en la que “todo lo humano estaba así bajo el signo de lo sagrado, ordenado a lo sagrado y protegido por lo sagrado, al menos en tanto que el amor le hacía vivir de él”,<sup>23</sup> la sombra de un verdadero despotismo teológico que, si bien protegía a la razón de los errores del paganismo, no respetó su legítima autonomía: “hay que reconocer que de una manera general la sabiduría, con un imperialismo que pagará caro, hacía sentir en estos tiempos de un modo un poco pesado su yugo real sobre la ciencia”. Esa sabiduría, humana en definitiva, “creía en la mecánica de Aristóteles tanto como en su metafísica”. Por eso, para liberarse de esta opresión las ciencias “han necesitado levantar y romper las lozas de mármol del sepulcro de Aristóteles”.<sup>24</sup> Esta es la epopeya que tiene a Galileo como figura emblemática.

Ahora bien, al hacerlo, la ciencia no se conformó con la independencia a la que tenía derecho, ni mucho menos con el lugar natural que le corresponde en la jerarquía de los saberes. Lo suyo debió ser un parto y acabó como una mutilación. Y en medio de la compleja trama de las ideas de esta época se fue gestando una ruptura cada vez más profunda: “El mundo moderno, entiendo por éste al que acaba de pasar ante nuestros ojos, no ha sido el mundo de las armonías de las sabidurías, sino el del *conflicto de la sabiduría y de las ciencias* y el de la *victoria de la ciencia sobre la sabiduría*.”<sup>25</sup> Es justo agregar que Galileo sólo reclamó libertad y no buscaba rivalizar con la teología. Pero su filosofía subyacente, extraña mezcla de aristotelismo, neopitagorismo y empirismo, sería un brebaje letal para el porvenir de aquella catedral de conocimiento que había llevado 14 siglos levantar. Todo esto lo había dicho ya Maritain. ¿Por qué lo omite, entonces? No lo sé. Pero una vez más él me da la respuesta: son los misteriosos recovecos de la interioridad del hombre concreto, la indiscernible trama de experiencias vitales, pasiones y creencias que habitan en el alma y a través de las cuales las ideas, con su lastre de impurezas, finalmente se abren camino.

El análisis que acabo de proponer habilita varias conclusiones. Empiezo por destacar la capacidad de visión de Jacques Maritain para reconocer las asignaturas pendientes de la cultura. Desde el atalaya de la sabiduría, nuestro admirado pensador descubrió horizontes que ya son una realidad presente, por lo que le debemos gratitud. Además, cabe esperar que siguiendo sus inspiraciones podamos agudizar la mirada para adelantarnos a los tiempos y permanecer vigilantes.

En segundo lugar, tenemos en este caso una ejemplificación contundente de la importancia de aquél lema que propuso Maritain en el campo epistemológico: “distinguir para unir”. Mientras arreciaban los vientos del cientificismo, y muchos tomistas pretendían resistir encerrados en los castillos medievales, nuestro autor se decidió a poner los principios de la filosofía realista a la intemperie, y se atrevió a

---

<sup>22</sup> *Razón y razones* pp. 77-78. “Es preciso también hacer una distinción difícil entre la pura substancia de las verdades que muchos “modernos” rechazan por el gusto de las opiniones del pasado, y todas las escorias, prejuicios, imagerías perimidas, construcciones arbitrarias, que muchos “tradicionalistas” confunden con lo que merece realmente la veneración de la inteligencia.” *Le philosophe dans la cité* en OC XI p. 28.

<sup>23</sup> *Ciencia y sabiduría* pp. 85-86.

<sup>24</sup> *Ibid.* p. 46. “El Renacimiento ha puesto fin a este imperialismo teológico en la cultura, pero no en la cabeza del promedio de los teólogos, a pesar de algunas peripecias que hayan pasado.” *Approches sans entraves* p. 294.

<sup>25</sup> *ibid.* “La tragedia de la civilización moderna no proviene de que ha cultivado y amado la ciencia en un grado muy elevado y con éxitos admirables, sino de que esa civilización ha amado la ciencia *contra* la sabiduría.” *Cuatro ensayos...* p.140.

ponerlos a prueba en la balacera intelectual del siglo XX. Es que, a diferencia de lo que piensan ciertos evolucionistas, la historia no puede con la naturaleza, más bien la supone. La teología, la filosofía y la ciencia se dieron cita en los palacios vaticanos del siglo XVII vestidas con ropa de época, pero sin dejar de ser lo que son. Y Maritain supo como pocos enseñarnos los grados del saber. Si se sigue con cuidado el rastro de sus meticulosas precisiones, no será difícil discernir los términos en que se ha desplegado la dolorosa historia de Galileo, un auténtico *leading case* que debemos tener siempre presente para no desaprovechar sus lecciones.

Tercero: el análisis del caso Galileo reafirma la importancia que tiene para Maritain el tema de la intuición intelectual. Y a mi juicio esa estimación es uno de los logros más ponderables del filósofo francés. Con la huella del maestro Bergson, y enfrentado a las más variadas formas del racionalismo, Maritain no se cansa de reclamar para la inteligencia la función de *ver* la realidad, antes y después de *elaborar* cualquier teoría acerca de ella. Esa intuición distingue a las grandes mentes. Y Galileo se cuenta entre ellas, con el mérito de haberse atrevido por un camino que casi nadie podía entonces recorrer con él. Su infortunio, y a la vez el gran peligro de los intuitivos, es descuidar el método, la artesanía de la razón, la paciente labor de ensamblar y dar sentido a las verdades que se descubren. No somos ángeles, ni la anarquía epistemológica de Feyerabend es lo más recomendable para nosotros. La inspiración puede alcanzar a veces alturas sobrehumanas. Pero vivimos en un mundo de laboratorios y tribunales. Esto es algo de lo que ningún genio está excusado, y que hasta un funcionario puede entender.

Finalmente, hay que rescatar, en el texto que hemos leído, el valor purificador y ejemplificador de la autocrítica. Los gestos valientes de Juan Pablo II, que llegaron a su cúspide en los actos del Jubileo del año 2000, fueron resistidos, distorsionados y hasta ridiculizados. Pero como parte de la grey debemos ver detrás de ellos la inspiración del Espíritu Santo que es el alma de la Iglesia y la conforta en su peregrinar. También fue difícil y dejó heridas la iniciativa de sacar a la luz la verdad acerca del proceso a Galileo.

En todo caso, las reflexiones de Maritain también son una alerta contra el exceso de crítica y la simplificación de la historia.<sup>26</sup> Verdaderamente no parecen a medida los reproches que formula contra los jueces de Galileo, al omitir varios elementos atenuantes, ya sea del lado de los mismos acusadores como del acusado. Con una fogosidad intacta a los 88 años, Maritain quiere al mismo tiempo defender los títulos de la verdad y la vocación de servicio de quienes alcanzan altos cargos en el gobierno de la Iglesia. Ya que la Providencia nos regaló la posibilidad de conocerlo un poco mejor, seamos agradecidos de sus intenciones y miremos con caridad donde haya flaquezas. La tarea que aún tenemos por delante por encomienda suya se hará más ligera si somos

---

<sup>26</sup> “In his defense of the Church, Maritain can be harsh in his indictment of her personnel. Clearly the episodes he addresses are a bit more complex than he makes them out to be. To focus only on the Galileo affair, a scholar writing from a pure secular perspective, Giorgio Diaz de Santillana, defend the Church against charges of gross mistreatment of Galileo, largely because the heliocentric theory advanced by Galileo was not demonstrated until the early nineteenth century. Bellarmine’s Aristotelian view of scientific explanation was pertinent to the demand that Galileo defend his view as a theoretical explanation of observed phenomena and not as an established fact. De Santillana’s respect for the social context in which the sometimes unpleasant Galileo was often out of bounds with his incursions into biblical theology places the whole episode in a more humane light and is less condemnatory of the action of the Churchmen that Maritain would allow.” J.P. DOUGHERTY *Jacques Maritain: an Intellectual Profile* Washington, The Catholic University of America Press, 2003, p. 110

capaces de anteponer el espíritu a la letra. Y si, como esperamos, está él intercediendo por nosotros.